

LA IGLESIA DE LOS COMIENZOS

1. ABEL: PREHISTORIA.

En la relación con la elaboración de la «ciudad de Dios», San Agustín habla de la «iglesia de Abel». Antes de él no se encuentra esa expresión. Abel es para Agustín-san el comienzo de los hombres que no viven humanamente ni según su voluntad, sino a modo divino y según la voluntad de Dios (De civitate Dei XIV, 1; Explicación del Salmo 142, núm. 3; PL 37, 1846). En el Sermón 341 (cap. 9, núm. II; PL 39, 1499) dice: «Todos nosotros somos miembros de Cristo y a la vez su cuerpo. No sólo los que vivimos en este lugar y ahora, sino, ¿qué voy a decir?, desde Abel el justo hasta el fin de los tiempos, todos los hambres que engendran y son engendrados, que pasan toda su vida viviendo justamente, forman el cuerpo de Cristo... La Iglesia que ahora peregrina errante es añadida a la iglesia triunfante en la que tenemos a los ángeles como conciudadanos... y en una sola iglesia, la ciudad y estado del gran Rey.» Cfr. Explicación del Salmo 90 (Sermo. 2, núm. 1; PL 37, 1159).

En la explicación del salmo 118 (Sermo. 29, núm. 9; PL 37, 1589) dice: «La Iglesia que no ha faltado desde el principio del género humano, cuyo primogénito fue el santo Abel, fue sacrificada como testimonio de que en el futuro la sangre del Salvador sería derramada por el hermano ateo.»

En la Ciudad de Dios (lib. 18, cap. 51; PL 41, 614) dice: «Y así prosigue la Iglesia su peregrinación entre persecuciones por parte del mundo y consolaciones por parte de Dios, y así fue siempre en el mundo en esos días perversos, no sólo desde que Cristo se encarnó, sino desde Abel, a quien mató su impío hermano. Y así seguirá siendo hasta el fin de los tiempos.»

En el libro 15 (cap. 17; PL 41, 460) explica San Agustín por qué no llama a Adán padre de la ciudad de Dios (como, por lo demás, antes había hecho): «Adán es el padre de ambas generaciones, de la que tiene como descendencia la ciudad terrena y de la que tiene como descendencia la ciudad celestial. Pero después de la muerte de Abel, en la que se representa el gran misterio, cada una de las generaciones tiene su propio padre: Caín y Set con sus respectivos hijos... y las características de las dos ciudades... empiezan a destacarse cada vez con más claridad.» En la explicación del Salmo 61 (núm. 6; PL 36, 733) explica: «Todos los que anhelan lo terreno, todos los que prefieren la felicidad terrestre, todos los que buscan lo suyo y no lo de Jesucristo, pertenecen a la ciudad misteriosamente llamada Babilonia y de la que es rey el diablo. Pero todos los que buscan lo de arriba, los que anhelan lo celestial, los que viven esta vida cuidadosamente para no ofender a Dios, los que se protegen contra el pecado... pertenecen a la ciudad que tiene por rey a Cristo. La primera es, en cierto modo, más vieja en este mundo. Pero no más digna. La ciudad terrena nació primero y la ciudad de Dios nació más tarde. Aquella empezó con Caín, ésta con Abel.

Estos dos cuerpos (corpora) actúan bajo dos reyes, pertenecen a dos ciudades, están en recíproca oposición hasta el fin del mundo, asta que en la mezcla se haga la separación»

Según San Agustín son Caín y Abel los principios y a la vez las manifestaciones típicas de los dos reinos.

En la época inmediatamente posterior a San Agustín aparece raras veces la idea de la Iglesia de Abel. La encontramos en San Gregorio Magno; según él, pertenecen al cuerpo de Cristo todos los justos desde Abel hasta los últimos elegidos (Explicación de Ezequiel, lib. 2, cap. 5, núm. 2; PL 76, 985). En cambio se repite a menudo la idea de una iglesia de los comienzos, por ejemplo, en Fulgencio de Ruspe y en Casiodoro. San Isidoro de Sevilla dice que la iglesia comienza el día de Pentecostés. En la primera Escolástica es defendida casi por todos la idea de la iglesia del principio: véanse, por ejemplo, Ruperto de Dacia, Godofredo de Admont (+1165), Hugo de San Víctor (+1141). Anselmo de Havelberg dice expresamente que la Iglesia empieza con el justo Abel y se completa con los últimos elegidos. Todos sus miembros - desde Abel hasta el fin de los tiempos- forman unidad por la unidad de la fe (De unitate fidei; PL 188, 1141). Lo mismo piensan, por ejemplo, San Bruno (+1101), Odón de Ourskamp, Godofredo de Babion, Pedro Lombardo, Zacarías Crisopolitano y numerosos autores de comentarios anónimos de la Sagrada Escritura, especialmente de las epístolas de San Pablo. Durante esta época Abel es considerado muchas veces como justo, mártir y virginal.

En la primera Escolástica se estudió también el problema de por qué la iglesia empezó con Abel. Siguiendo a San Agustín contestaron los teólogos que porque Abel no había sido como Adán malo y bueno a la vez, sino sólo bueno y por eso podía ser un «tipo» de Cristo, que fue sacrificado y a la vez virginal. (Cfr. Roberto de Melún, Pedro de Poitiers, Esteban Langton.) También en la Alta Escolástica encontramos la tesis de la iglesia del principio o de Abel, por ejemplo, en Guillermo de Auvergne, Alberto Magno, Tomás de Aquino, Mateo de Aquasparta y Bartolomé de Bolonia.) Tomás de Aquino dice que los padres antiguos pertenecieron al mismo cuerpo de la Iglesia a que nosotros pertenecemos (Suma Teológica, III, art. 1, q. 8, ad. 3).

2. La tesis de que la Iglesia ha existido desde el principio o desde Abel presupone una idea determinada de iglesia, a saber, más espiritual-personal que jurídico-jerárquica. Esta última se desarrolló a partir de la mitad del siglo XIII aunque ya estaba fundamentada en la teología precedente y, como veremos, es atestiguada claramente por la Sagrada Escritura. Sólo la concepción de la Iglesia como comunidad de creyentes en Cristo jerárquicamente ordenada constituye el concepto pleno y completo de Iglesia. Bajo este aspecto es problemática la doctrina de la iglesia del principio. La eclesiología de San Agustín, lo mismo que su doctrina de la Trinidad, significa una hipoteca para la teología posterior. Al fondo de tales ideas está la filosofía platónica. A consecuencia de su estilo platónico de pensar, San Agustín apenas puede ver la importancia de lo concreto y visible.

Bajo la influencia de San Agustín los teólogos postridentinos distinguen también entre la Iglesia conforme al estado del Nuevo Testamento y la Iglesia conforme al estado del Antiguo Testamento (por ejemplo, Tomás Stapleton). El teólogo dominico español Báñez habla de dos conceptos de Iglesia; según el uno es la comunidad de los que profesan la fe en Dios y en este sentido existe una Iglesia desde el principio hasta el fin de los tiempos; según el otro concepto, es la comunidad de los unidos no sólo por la fe, sino además por el bautismo; en este segundo sentido la Iglesia puede ser entendida en general o en particular (generaliter o specialiter). Según esta última precisión la Iglesia es la unidad visible de los fieles bautizados, unidos en Cristo su única Cabeza y bajo el representante de Cristo en la tierra. El desarrollo de este concepto especial de la Iglesia condujo a hacer alguna claridad en la eclesiología. A su luz se debe hablar de una preparación de la Iglesia de Cristo más que de una Iglesia anterior al Cristo histórico.

Es cierto que en la época de la preparación encontramos una especie de anteproyecto de la Iglesia de Cristo. La expresión «preparación» implica un doble pensamiento: la orientación hacia la Iglesia y su prefiguración.

3. La tesis de prefiguración de la Iglesia, que precede y prepara su verdadera figura, aclara la relación y la diferencia entre las épocas precristiana y cristiana. También antes de Cristo se salvaban los hombres, pero todos los que se salvaban se salvaban por la Iglesia.

4. La propiedad que tiene la revelación viejotestamentaria de ser prefiguración de la Iglesia afecta en primer lugar al conocimiento. Respecto a la Iglesia escondida de la revelación viejotestamentaria valen también las palabras de San Agustín: «En el Antiguo Testamento está escondido el Nuevo, en el Nuevo se revela el Antiguo» (Quaestiones in Heptateuchum, lib. 2, cap. 73). Sólo el Nuevo Testamento nos abre la comprensión del Antiguo (De civitate Dei XV, 2). En definitiva nos enteramos por boca de Cristo de cómo debe ser interpretado el Antiguo Testamento. Del mismo modo que los muchos signos y símbolos referidos al Mesías sólo se entendieron del todo en Cristo, los símbolos referidos a la Iglesia sólo se entienden del todo en Cristo y en la Iglesia por Él fundada. Dice San Agustín: «Todo lo que contemplas ahora en la Iglesia de Cristo, todo lo que ves cumplirse sobre la tierra en nombre de Cristo, fue profetizado hace siglos» (De catechizandis rudibus, 27).

El grupo de justos salvados de la catástrofe del diluvio en el arca de Noé es un presagio de la futura comunidad de Cristo. «En el símbolo del diluvio, en el que los justos fueron salvados en el arca, está profetizada la futura iglesia, que salva de la muerte de este mundo para su Rey y Dios por medio de Cristo y del misterio de la Cruz» (De catechizandis rudibus, 18). «Los que fueron salvados en el arca representan el misterio de la futura iglesia, que flota sobre las olas del mundo y se salva del naufragio por la madera de la cruz» [Ibidem, 27]. Como las promesas y símbolos no son palabras y signos vacíos, sino que son portadores de la virtud de Dios en ellos está ya la Iglesia ocultamente presente. Hubo un tiempo, según San Agustín, en que la Iglesia sólo se realizaba en Abel o en Enoch (Explicación del Salmo 128, 2). También Lutero interpreta el Antiguo Testamento como testimonio sobre Cristo.

Pero esta relación no existe sólo en el conocimiento, sino que existe además en el ámbito real de la Salvación (San Agustín, Sobre el salmo 67, 19), ya que las promesas y símbolos del Antiguo Testamento no eran palabras y signos vacíos, sino que tenían fuerza y virtud divinas; en ellos estaba ocultamente presente la Iglesia como fuerza activa, aunque todavía no tenía su actual figura.

5. La preparación de la Iglesia se desarrolla en tres fases principales.

Podemos hablar también de tres períodos de la prehistoria de la Iglesia. Coinciden con los grados del Antiguo Testamento: Alianza de Dios con Noé, la vocación de Abraham, la misión de Moisés. En la línea ascendente de alianzas que va de Noé a Moisés está prefigurada la Alianza que Dios quería hacer con los hombres llegada la plenitud de los tiempos. La intimidad de la alianza se expresa en el hecho de que el Antiguo Testamento hable a menudo de los desposorios entre Dios y el pueblo de la Alianza.

La Alianza se funda en la iniciativa de Dios (Gen. 15, 9-18; 17, 2; Ex. 19, 4-6; 24, 5-8. 11; Am. 3, 2; 9, 7; Os. 2, 16-26; 11, 1; 2, 16. 3-14; Gen. 15, 5; 17, 4). Es un gracioso regalo al pueblo (cfr. Ps. 89, 4; 1 Reg. 3, 6; Is. 55, 3), que Él ha escogido para socio suyo. Pero la alianza implica una obligación del pueblo. Sólo puede adorar a Yavé y debe observar su ley (Decálogo, libro de la Alianza, colección de Ex. 34, 11-26). Dios ha hecho grandes promesas a su pueblo (la tierra de Caná: Gen. 15, 7; 17, 8; Jer. 32, 22). Y le ha dado numerosa descendencia, pero espera de él fidelidad al pacto. Fue el amor la única razón de la alianza. Pero el amor de Dios tiene fuerza de mandato. Quien es llamado por Dios a la alianza no puede negarse a hacerla. Dios dirigió su llamada primero a un hombre determinado, pero a través de él a todo el pueblo. No obligó al pueblo, sino que respetó su libertad. El pueblo pudo rebelarse, de hecho, contra la alianza. El pueblo prefirió muchas veces la vida entregada a la naturaleza, con su encanto y magia, a la vida entregada a Dios. Justamente en la frecuente rebelión contra Dios se demuestra que los orígenes de la alianza no están en la profundidad del corazón humano, sino fuera del hombre, en Dios. La alianza no puede ser explicada ni psicológica, ni antropológica, ni históricamente, sino sólo teológicamente; es el modo en que Dios se hizo cargo del pueblo para darle bendición y salvación. El cuidado de Dios para el pueblo implica la instauración de su reino en él, ya que el hombre sólo logra su auténtica existencia, cuando se entrega y somete a Dios. Dios no impidió la caída del pueblo ni su apartamiento, pero Él permaneció fiel a la alianza y por medio de castigos llamó de nuevo al pueblo a la fidelidad prometida en la alianza. Los profetas enviados por Él tenían la misión de interpretar las desgracias nacionales como juicios de Dios, despertar la conciencia del pueblo y moverle a conversión. La alianza viejotestamentaria está justamente caracterizada por

las repetidas infidelidades del pueblo, por la llamada de Dios a penitencia, por la conversión del pueblo y por las nuevas y repetidas rebeldías.

Cada pacto de alianza atestiguado en el Antiguo Testamento apunta sobre sí mismo al grado próximo. Pero tampoco el último -el mosaico- es el final, sino que es a la vez cumplimiento y promesa. La alianza hecha con Noé logrará su figura definitiva y plena en lo que Isaías y el Apocalipsis de San Juan llaman el cielo nuevo y la tierra nueva (Apoc. 21, 1; 20, 11; 3, 12; 21, 2; Is. 65, 17; 66, 22; 2 Pet. 3, 13). Este estado definitivo está prefigurado en la alianza del Antiguo Testamento, pero sólo se realiza activa y eficazmente por la venida de Cristo y por su obra.

Al principio la alianza del Antiguo Testamento no abarcaba más que un estrecho y limitado círculo, ya que había sido pactada entre Dios y el pueblo elegido por El; pero el pueblo tenía la promesa de que algún día abarcaría toda la tierra (Gen. 12, 2; 22, 18; Is. 42, 22; 52, 10; 54, 2).

6. Considerados en particular los distintos grados de la alianza debemos citar en primer lugar la alianza con Noé (/Gn/09/08-17).

Después del diluvio Dios pactó alianza con los hombres y con los animales, de que ya no habría más diluvios de allí en adelante, sino que se continuaría ininterrumpidamente el ritmo natural de siembra y cosecha, frío y calor, verano e invierno, día y noche para bendición de los hombres. En el pacto con Noé Dios promete salud y salvación terrenas. El arcoiris debía ser garantía de la promesa divina (Gen. 9, 13. 17). En él se expresa que el cielo y la tierra seguirán estando unidos. El grupo de justos salvados en el arca de Noé representaba un anteproyecto de la futura comunidad de Cristo. San Agustín nos dice: «En el símbolo del diluvio, en el que los justos fueron salvados en el arca está profetizada la futura iglesia, que salva de la muerte de este mundo para su Rey y Dios por medio de Cristo y del misterio de la Cruz» (De catechizandis rudibus, 18). Los que fueron salvados en el arca representan el misterio de la futura iglesia, que flota sobre las olas del mundo y se salva del naufragio por la madera de la cruz (Ibidem, 27). Noé y su descendencia tenían que ser fieles a Dios y evitar sobre todo el derramamiento de sangre (Gen. 9, 4), porque la sangre era tenida por sede de la vida.

7. LA ALIANZA CON ABRAHAM:

El pacto con Noé deja abierta la cuestión de cómo seguirá la historia; logra figura concreta en la vocación de Abraham (Gen. 15, 7-21; 17, 3-8. 10-14). Abraham fue sacado por Dios de su círculo de vida y de cultura y enviado hacia un tenebroso futuro. Se le hacen tres promesas: le nacerá un hijo; será patriarca de un gran pueblo, del que saldrá el Salvador; a Abraham y a su pueblo les corresponderá un país. El pacto entre Dios y Abraham se funda en la iniciativa de Dios, pero sólo se verifica porque Abraham sigue la llamada de Dios. Por su obediencia y fe Abraham es el padre de todos los creyentes. Quienes como él se entregan a Dios creyendo totalmente, serán para siempre sus verdaderos hijos (Mt. 3, 9; Io. 8, 33. 40; Rom. 4, 2. 3. 9. 12. 16; Gal. 3, 6; 3, 14. 29; 4, 22; 11, 8. 17). El Dios de la alianza es para siempre el «Dios de Abraham». También el pacto con Abraham tiene su signo: la circuncisión.

Abraham se convierte en padre de muchos pueblos y como signo su antiguo nombre Abram es cambiado por el de Abraham (Gen. 17, 1-8). Abraham se convierte de hecho en padre de las doce tribus de Israel por medio de su nieto Jacob o Israel. El Dios de Abraham es también Dios de Isaac y Dios de Jacob y se llama también «el Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob». En este nombre se expresa su obra en la historia sagrada. Los doce hijos de Jacob o Israel fueron Rubén, Simeón, Leví, Judá, Dan, Neftalí, Gad, Aser, Isacar, Zabulón, José y Benjamín. De ellos descendió Israel organizada en doce tribus; por eso es llamada también generación de Israel (I Par. 16, 13; Neh. 9, 2), casa de Israel (Ex. 16, 31; Mt. 8, 6), comunidad de los hijos de Israel (Ex. 12, 13; dr. Gen. 32, 32; 36, 31; 45, 21; 46, 8- Ex. 1, 1. 7. 9. 13; 2, 23. 25; 3, 9) Hay que subrayar el hecho de que los hijos de Jacob son doce. El número «doce» tenía en el antiguo Oriente un simbolismo especial, tal vez debido a que el año está dividido en doce meses.

En el Antiguo Testamento le encontramos también en el número de los patriarcas y de las tribus descendientes de ellos (Ex. 24, 4), en los panes de la proposición (Lev. 24, 5) y en algunos sacrificios (Num. 7, 3. 84-89). Como las doce tribus descendientes de los doce patriarcas que constituían a Israel (Gen. 48, 7. 16. 24; Ex. 1, 9; 4, 22; 5. 2- 6 5; Jos. 7 15- Io. 11, 39; I Sam. 9, 9; Jue. 4, 7; 2 Para. 9, 13; 12, 1; 1 Macab. 1, 12. 21; Mt. 2, 8; Lc. 1, 54; Act. 4, 10; Rom. 11, 2; Eph. 2, 12) prefiguran el neotestamentario pueblo de Dios fundado sobre los doce apóstoles, el número «doce» tiene significación histórico-salvadora. Le encontraremos también muchas veces en el Nuevo Testamento.

8. LA ALIANZA CON MOISÉS EN EL SINAÍ.

El pacto con Abraham fue recogido, continuado y terminado de hacer en la vocación de Moisés, que había nacido en Egipto de una de las doce tribus, a saber, de la tribu de Leví. Moisés recibió la misión de liberar a las tribus de Israel de la esclavitud de los egipcios y llevarles hasta la tierra prometida a Abraham. También aquí tiene Dios la iniciativa. Pero para que la voluntad de Dios se cumpliera, tuvo que actuar el encargado y enviado por El. Moisés fue el mediador de las enseñanzas y auxilios que Dios daba al pueblo de Israel. Para que el pueblo se pusiera a disposición de Moisés tuvo que superar por una parte la pereza y holganza, el miedo y desconfianza de Israel, y por otra la resistencia de los egipcios. Por mandato expreso de Dios -transmitido por medio de Moisés- el pueblo se puso en marcha. La descendencia de Abraham se convierte en pueblo de Dios que peregrina por el desierto. Las tribus sacadas por Moisés de Egipto sintieron la insegura vida del desierto como una difícil exigencia. Volvieron a anhelar la vida esclavizada pero segura de Egipto. Cuando supieron que tenían que elegir entre la seguridad y la libertad, quisieron escoger la seguridad. Continuamente se rebelan

contra Moisés. Muchas veces fue necesaria la intervención de Dios, para que se continuara lo empezado (Ex. 3-18). Entre los lugares del desierto adquiere simbolismo especial el monte Sinaí, llamado Horeb en el Deuteronomio. En este monte fue hecha y sellada la alianza entre Dios y el pueblo; la misma alianza hecha antes con Moisés se hace ahora con todo el pueblo. Dios dio la ley de la alianza bajo la forma del decálogo (Ex. 20, 2-17) y de los preceptos o ritos culturales (Ex. 34). La alianza se hizo entre truenos y relámpagos (Ex. 9, 16-19, 20, 1824, 17) y rociando con sangre de animales el altar levantado por Moisés (Ex. 24, 3-8). Se añadió el banquete de la alianza (Ex. 24, La alianza viejotestamentaria que logra su punto culminante en el monte de Sinaí, es confirmada por Dios en la alianza con David y su casa (2 Sam. 23, 5; 7, 8. 17; Ps. 89, 4; Is. 16, 5) y con la tribu sacerdotal (Jer. 33, 20-22; Deut. 33, 9; Num. 18, 19). Toda la historia de la humanidad y sobre todo la de Israel es así representada como realización del eterno plan divino de salvación y como prehistoria de la Iglesia de Cristo.

SCHMAUS
TEOLOGIA DOGMATICA IV: LA IGLESIA

EL MISTERIO DE LA IGLESIA ANTES DE LA IGLESIA

El origen de la Iglesia plantea un problema. ¿De dónde viene esta comunidad? ¿Cuál es su principio de explicación? ¿Hállase éste en el nivel de la humanidad, y la Iglesia es producto de la historia, como el imperio de los Incas o las civilizaciones industriales? ¿Deberemos decir, por el contrario, que su principio de explicación es transnatural, de suerte que la Iglesia no puede ser nunca tratada como un fenómeno puramente humano?

A estas preguntas hay que responder desde el principio: la Iglesia no se explica simplemente recurriendo a intenciones y acciones situadas a ras de historia, sino a un Acontecimiento que trasciende absolutamente todo el orden natural histórico y que no obstante se inscribe en él y lo modifica, es decir, a una Decisión de la Voluntad de Dios. Ciertamente, al proclamar esta verdad, se choca inmediatamente con la opinión común, que no ve en la existencia de la Iglesia sino el resultado de leyes sociológicas.

Según este modo de ver, la aparición de la Iglesia se explicaría únicamente por la necesidad en que se halla el hombre de vivir en sociedad si quiere subsistir biológicamente, intelectualmente, moralmente y religiosamente. Sin negar la parte de verdad que este concepto encubre, hay que declararlo radicalmente incompleto, reconocerlo perfectamente ilusorio, mientras sea retenido de manera exclusiva.

El principio de la Iglesia es un misterio sobrenatural. Se presenta bajo dos aspectos diferentes.

Por un lado, el origen de la Iglesia está fuera del tiempo, oculto en Dios. Es el Pensamiento Eterno según el cual el Dueño del Tiempo decide escribir la historia de los hombres y conducirla a su término por medio de Jesucristo y de su Iglesia. Dios predestina el tiempo de traer la Iglesia.

Por otro lado, el misterio de la Iglesia desciende al tiempo, aun antes de que la Iglesia aparezca sensiblemente en la historia humana. Dios dirige entonces la historia en previsión de la Iglesia que nacerá, da a luz progresivamente esbozos y bosquejos de la Iglesia futura, a través de los acontecimientos humanos y de manera alusiva. Es la profecía de la Iglesia. Pero, se dirá tal vez, si la profecía procede por alusiones y esbozos, no merece el nombre de «profecía». De hecho, si «profecía» debe significar «predicción» pura y simplemente, es decir, «anuncio y descripción completa de un acontecimiento futuro claramente circunscrito», no se trata de profecía en el caso que nos ocupa. Pero, en realidad, las profecías del Antiguo Testamento son el anuncio repetido, sucesivo, de la Voluntad de Dios, que orienta la esperanza y la espera de los hombres hacia un Futuro determinado, sin por ello describir con precisión el término futuro, sin dar el retrato de cuerpo entero del acontecimiento anunciado. Por cuanto la profecía se define como acabamos de hacerlo, no es reconocida como verdadera profecía sino después del cumplimiento de los acontecimientos. Así, los judíos, que oyeron a los profetas proyectar hacia el futuro los brillantes cuadros de un Israel triunfante, no podían saber que su pueblo prefiguraba la Iglesia, por más que conocieran perfectamente que su nación preparaba el Reino Universal de Dios. En cuanto a nosotros, que contemplamos ahora el pueblo eclesial, podemos percibir retrospectivamente en los bosquejos del pasado la ascensión de la Iglesia en el horizonte judío.

I. Predestinación de la Iglesia

¿Por qué la Iglesia? La única explicación es la decisión soberana por la cual Dios la destina a nuestra tierra, para una época determinada, en una región determinada. La Iglesia no tiene explicación natural que sea exhaustiva; no es efecto de las causas segundas, aunque sean humanas y espirituales, como si la acción de estas últimas bastara para dar razón adecuada del hecho eclesial.

No obstante, este hecho que ninguna historia explica, se halla en plena historia. La Iglesia está hecha con hombres - ¡nadie lo discute! -, sufre el rechazo de los acontecimientos, influye, en parte, en estos mismos acontecimientos, pero no es su producto.

Lo decía san Pablo, hace ya mucho tiempo, a los cristianos de Efeso: nuestra unión, tomada sobre la masa humana, es objeto de un Designio Eterno, nuestra comunidad eclesial no es el fruto de un azar ni siquiera providencial: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha colmado en Cristo de toda suerte de bendiciones espirituales del cielo, así como por él mismo nos escogió antes de la creación del mundo, para ser santos y sin mácula en su presencia, por la caridad; habiéndonos predestinado al ser de hijos suyos adoptivos por Jesucristo a gloria suya... para hacernos conocer el misterio de su voluntad, fundada en su beneplácito, por el cual se propuso el restaurar en Cristo, cumplidos

los tiempos prescritos, todas las cosas de los cielos y las de la tierra. Por él fuimos también nosotros llamados como por suerte, habiendo sido predestinados según el decreto de Aquél que hace todas las cosas conforme al designio de su voluntad, para que seamos la gloria y el objeto de las alabanzas de Cristo, nosotros que hemos sido los primeros en esperar en él» (Ef, 1, 3-12 passim).

Así pues, en este tiempo en que el hombre piensa regular la marcha del mundo, la Iglesia está en devenir, a la sombra de Dios, desde siempre y hasta el fin de los tiempos.

La Ekklesia es el Proyecto de Dios sobre el tiempo de los hombres y éste no adquiere forma de historia sino gracias a la Iglesia. Tal es la ley del tiempo que es nuestro. Reconocido esto, hay que descender ahora hacia la historia de los historiadores para reconocer en ella el otro aspecto del misterio. Así podremos discernir cómo anuncia Dios y realiza concretamente su Designio, como se desarrolla la profecía de la Iglesia.

II. La profecía de la Iglesia

En un sentido que hay que aclarar, la Iglesia estaba en el Antiguo Testamento. Estaban persuadidos de ello los Padres, que decían muy simplemente que los Justos del Antiguo Testamento pertenecían ya a la Iglesia.

Bajo otra forma, los primeros cristianos, en la Iglesia de los Apóstoles, expresaban el mismo pensamiento. Tenían conciencia de ser el verdadero Israel, el verdadero pueblo de Dios, y de ponerse a continuación de una historia muy antigua, tan antigua como la historia de Moisés. San Pablo, tan sensible a la novedad del cristianismo, no deja de designar la asamblea de los fieles

como el verdadero Israel, y los hijos de la verdad cristiana como los descendientes de Abraham (Gálatas, 4, 28; Romanos, 9, 6-13).

Por ello no siente ningún apuro en declarar que Abraham es «padre de todos nosotros», que somos los cristianos (Romanos, 4, 12-16). Como dirá más tarde San Gregorio de Nisa, «si todos los que tienen el corazón puro ven a Dios, los que de hecho le ven son y se llaman Israel a justo título»

En otro signo aún se manifiesta la conciencia que tienen los cristianos de ser espiritualmente judíos. A los fieles de Cristo, en efecto, pasa de entonces en adelante la palabra *laôs* (pueblo), aplicada antes a Israel, *laôs* de Dios. Hecho insignificante, si se quiere, pero que revela la certeza espontánea de que se produce un cumplimiento con la Iglesia de Cristo: el verdadero pueblo se realiza 2. Si el cumplimiento se da con la Ekklesia, el principio pues ha sido puesto antes, antes de Cristo, antes de los cristianos. La Iglesia ha existido, pues, incluso antes de aparecer, lo cual reconocía san Gregorio el Grande cuando escribía: «La Iglesia, situada ya en la Ley Antigua, deseaba a Cristo y le esperaba» 3.

Pero si la Iglesia estaba en la antigua Economía, no estaba sino en esperanza, en esbozo. Su presencia es análoga a la presencia de la encina en la bellota. Su crecimiento será una obra de largo aliento, extendida sobre muchos siglos. En este desarrollo, hay ciertos momentos particularmente decisivos.

El esbozo de la Iglesia en el pueblo escogido por Dios. - La profecía de la Iglesia empieza el día en que una multitud de hombres fue reunida por la intervención inmediata de Dios 4.

Que este acontecimiento se dio y que fue realizado por el Dios todopoderoso, es ciertamente el hecho de nuestra historia que más merece extrañarnos. Ya que esta multitud era una banda muy semejante a otras por los instintos y los apetitos. Estaba compuesta por los descendientes de aquellas «setenta» personas que penetraron en Egipto siguiendo las huellas de José y «aumentaron y se multiplicaron hasta el punto de llenar el país» (Éxodo, 1, 7). La continuación de su historia demostrará que esta raza no es menos cruel ni menos inmoral que otras varias. Estos hombres no son más que una raza terrestre. Es también un hecho que esta raza, dispersada a través de Egipto, gracias a Moisés se reagrupará. Pero se reagrupa en nombre de Yahvé y en nombre de la misión que Yahvé ha impuesto a Moisés. Entonces, también en nombre de Yahvé, aquellos hombres, aquellas mujeres, aquellos niños, dejan Egipto (Éxodo, 12, 38). Avanzan por el desierto, renegando y rebelándose, en él se aglutinan unos con otros, acaban por formar un pueblo poco homogéneo, que adora a un mismo Dios, que marcha hacia el mismo fin, la Tierra prometida, y entran por fin, siempre en nombre de Yahvé, en la tierra de Canaán.

Y es la reagrupación de estas tribus semitas lo que sancionaba el acontecimiento del Sinaí, dándole un sentido trascendente y definitivo. A decir verdad, la significación del acontecimiento aplasta a ese pobre pueblo. Se comprende bien, ya que a fin de cuentas sucede una cosa inmensa: Dios escoge para sí como pueblo particular a ese conjunto de nómadas indóciles y se lo adhiere decididamente, como si tuviese verdadera necesidad de él. Lo declara solemnemente en frases que debieron de pasar por encima de la cabeza de la masa:

«Seréis para mí entre todos los pueblos la porción escogida, ya que es mía toda la tierra. Y seréis vosotros para mí un reino sacerdotal y nación santa (Éxodo, 19, 5-6).

Desde ahora, este pueblo posee una divisa. Pero no la ha escogido él y es teologal: «Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios», declara Yahvé.

Si el acontecimiento del Sinaí es decisivo, no es porque se rodeara «de truenos y relámpagos, y de una nube espesísima, acompañada de un potente son de trompa» (Éxodo, 19, 16), sino porque es esencialmente la instauración de la Alianza. Aquí está lo sorprendente, el misterio y al mismo tiempo el primer descubrimiento de la Iglesia por venir.

Todo está en esta palabra. La Alianza es un contrato que celebra Dios con esos hombres y no con otros. Que la Alianza tuvo un puesto sin par en el pensamiento religioso del pueblo hebreo y de sus descendientes, es una evidencia

5. El sentido que se le atribuye no es menos notable. Para todo hebreo, la Alianza es un acto imprevisible, cuya iniciativa corresponde únicamente a Dios, por medio del cual Dios escoge a ese pueblo y lo compromete a su servicio de una manera especial, ligándose, por así decirlo, a cambio, a esa nación. Hablar de Alianza, pues, no es declarar que todos los pueblos pertenecen a Dios. Es una cosa muy distinta. Es decir que Dios se vuelve hacia esa porción de humildad, se la adhiere, se «convierte» a ella en nombre de su Fidelidad, porque así lo quiere (Deuteronomio, 7, 6). Pero es también inmediatamente una toma de posesión, de suerte que esa raza se convierte en «la porción de Yahvé», su parte de herencia en la tierra, su propiedad en este mundo, como si el resto del Universo no lo fuera, respecto a esta propiedad (Deuteronomio, 32, 9). La Alianza, aunque sea misericordia, es una relación de derecho; crea lazos recíprocos. A partir del Sinaí, los hebreos merecen, pues, el título de pueblo de Dios. Ni siquiera hay necesidad ya de decir explícitamente la pertenencia a Yahvé. Decir «el pueblo» es designar suficientemente al «pueblo de Dios». Esto distingue a Israel de todos los demás, que no son sino «naciones» 6.

Extraño pueblo en verdad, que no debe sino a Dios su existencia, su constitución, su patria (Deuteronomio, 4, 34-38; 32, 6-11; 33, 29), cuya vocación consiste en reservarse para Dios solo. Marcha pues, tras verse rehusar el derecho a desposarse con las hijas de las naciones vecinas, y el de contrastar alianza con esas mismas naciones (Deuteronomio, 7, 1-4). Su política, la única que le es lícita, es creer en Yahvé y no guiarse en absoluto por la sabiduría de los hombres. En estas condiciones, merece ser llamado por Dios «mi hijo primogénito» (Éxodo, 4, 22).

Este pueblo es tan de Dios que el profeta Samuel le rehúsa elegir a un rey «que le rijan como a las demás naciones» (Samuel, 8, 5). Esto sería atentar contra las prerrogativas de Dios que es el único rey: «A mí me han desechado, dice Yahvé, al no querer que reine sobre ellos» (1 Samuel, 8, 7). Si al cabo se concede la realeza, Dios mantendrá su exclusiva regencia escogiendo al detentador del poder (I Samuel, 10, 24-, II Samuel, 7, 8), disponiendo soberanamente de la estirpe real hasta el fin de los tiempos (II Samuel, 7, 12-16; Jeremías, 23, 5-6; 33, 14; Ezequiel, 33, 24-31; 37, 24-28). Al recibir gobernadores terrestres, el pueblo de Dios, pues, no cambiará de Príncipe. Si por ventura gobernantes y gobernados lo olvidan, los profetas recordarán a los reyes, no sin violencia, que su papel es ministerial y subordinado (I Reyes, 18 a 19; Oseas, 13, 4-11; Isaías, 43, 15; 44, 6).

También la fisonomía de este pueblo es curiosamente única. Israel es propiedad divina, sin que posea tierra, patria, reyes, existencia, sino en virtud de un decreto especialmente dictado por Dios en su favor. Si las «naciones» poseen sus dioses, Israel, en verdad, es poseído por su Dios, el único dueño del mundo.

¿No evoca todo esto al «pequeño rebaño» mucho más tarde reunido por el Hijo de Dios? Él es, el Hijo de Dios, quien inventa esta reunión. Es también su propiedad. Hablando de lo que acaba de hacer, dice: «mi asamblea, mi Iglesia». ¡Él es quien designa sus jefes. Esto ocurre también en una montaña, pero sin estallido, pues el Verbo de Dios se ha hecho hombre verdadero (cf. Lucas, 6, 12-16). En fin, a esos Doce, el Hijo de Dios les conducirá lejos de los caminos hollados por los hombres, lejos de sus preocupaciones, desprovistos de medios, para que no tengan más que una preocupación: «venga a nos el Tu reino, hágase Tu Voluntad así en la tierra como en el cielo». Jesús, nuevo Moisés, es más grande que Moisés.

El pueblo testigo, figura de la Iglesia. -Los rasgos propios de Israel se acusan también si se considera la misión que se le da. Ésta no es simplemente existir, durar, prosperar, dominar, política. Sino que es, ante representar un personaje en la escena política.

Sino que es, ante todo, testificar que existe un Designio de Dios sobre el mundo, que se cumple en Israel, que se cumple también, por Israel. Este Designio es nada menos que el Reino universal de Yahvé. Es todo esto lo que Israel debe testificar. Es definido incluso como el pueblo testigo: «He aquí, dice Yahvé, que yo voy a presentarle como testigo a los pueblos» (Isaías, 55, 4).

Helo pues el servicio del Reino de Yahvé. Jerusalén no tiene otra razón de existir que la de ser el lugar de donde se proyecta y donde se cumple el designio de Dios: «De Sión vendrá la Ley y de Jerusalén la palabra de Yahvé» (Miqueas, 4, 2; Isaías, 2, 2-4). «Sobre ti (Jerusalén) nacerá el Señor, y en ti se dejará ver su gloria. Y a tu luz caminarán las gentes, y los reyes al resplandor de tu nacimiento» (Isaías, 60, 2-3).

Testigo de Dios Israel lo es también porque será el instrumento del Reino de Yahvé, no ya en favor de las naciones paganas, como en los textos ahora citados, sino contra ellas (Isaías, 10, 17).

Pueblo testigo, lo es más aún y de forma más alta, porque tiene la preocupación de la gloria de Dios y se confiesa responsable de ello ante el mundo entero, como en esta hermosa oración:

«Que todos te conozcan, Señor, como nosotros hemos conocido que no hay otro Dios sino tú, Señor... que todos en la tierra reconozcan que tú eres el Señor, el Dios eterno» (Eclesiástico, 36, 4-17)

El pueblo testigo es responsable de la verdad, debe proclamarla a los demás, debe en primer lugar guardarla él mismo. Y la conoce bien, esa verdad primordial. Le ha sido presentada solemnemente: «No tendrás otros dioses ante mí» (Éxodo, 20, 3-23). Por tanto, si el pueblo testigo tergiversa, deja de ser testigo, pierde toda su razón de ser, no le queda sino perecer. Así, la apostasía que se declara alrededor del becerro de oro, en ausencia de Moisés, reclama un castigo que prefigura ya la desaparición del pueblo ya que «aquel día, tres mil hombres del pueblo perdieron la vida» (Éxodo, 32, 28). Otros ejemplos hay, igualmente sangrientos. A estos últimos se junta una enseñanza perfectamente clara: «No os dejéis seducir en vuestro corazón... la cólera de Yahvé se inflamará contra vosotros y pereceréis pronto en este feliz país que os da Yahvé» (Deuteronomio, 10, 17). Es Moisés quien pronuncia estas palabras. Pero después de él otros lo dirán

y repetirán. En este asunto, todos los profetas fueron elocuentes, Amós (2, 4-1-6), Isaías (5, 8-30), Jeremías (1, 15-17), o Ezequiel (33, 23-29).

En una palabra, la misión del pueblo de Dios es estrictamente religiosa, aunque deba llevar una existencia política, mezclada a los acontecimientos internacionales. También en esto ese pueblo es único. Tiene de ello conciencia, por otra parte, por más que nunca verificó completamente hasta qué punto debía ser único.

En él se anuncia la Iglesia. ¿Acaso no es, en efecto, la nación reunida por Dios, la nación consagrada a Dios, la nación testigo del Dios único? ¿No será esto la Iglesia también? Sin duda es un esbozo muy vago cuyos contornos indecisos no permiten prever todos los rasgos esenciales de la Iglesia por venir. Es un esbozo positivo con todo, en cuando dibuja unas estructuras que se perpetuarán en la Iglesia de Cristo, a saber: pueblo convocado por Dios, pueblo consagrado a Dios, pueblo testigo de Dios.

El desarrollo de la profecía.- Así avanza la profecía de la Iglesia.

A los rasgos que hemos destacado, se añaden otros que sorprenden. En efecto, la profecía entraña un aspecto positivo y un aspecto negativo. El aspecto negativo es el fracaso temporal de este pueblo. El aspecto positivo es la afirmación en el mismo fracaso de que el pueblo tendrá así y todo un futuro indefinido.

El fracaso. -Hay que trazar sumariamente el itinerario de la prueba, para comprender las superaciones. El fracaso es el de la nación y aparentemente el fracaso del Designio de Dios al mismo tiempo. «Porción de Yahvé» y testigo de Dios, la nación había recibido una misión inmensa y aplastante. Iba a ser inferior a su vocación y a sucumbir bajo el peso de tanta grandeza.

La apostasía del Sinaí, en la misma hora de la elección y de la Alianza, es sintomático. Debía ir seguida de otras muchas. Todo es ocasión para ello: la instalación en la tierra de Canaán entre las tribus idólatras, los contactos con los grandes pueblos de Oriente.

Jamás en el pueblo elegido la idolatría será completamente cortada, ni bajo los Jueces ni bajo los Reyes; y el Eclesiástico, dando una ojeada sobre el pasado de la Realeza, debe declarar melancólicamente que «a excepción de David, de Ezequiel y de Josías, todos cometieron iniquidad» (49, 4).

Se enseñó a este pueblo que siendo consagrado no podía tener confianza sino únicamente en Dios. La historia del Éxodo le era sometida incesantemente ante los ojos como prueba e ilustración de este destino estrictamente religioso. No obstante, Israel no pudo decidirse nunca a no ser más que el pueblo de Dios. Si las tribus reclaman un rey, es porque quieren organizar

por sí mismas su seguridad y su grandeza, como si respecto a ellas Dios pudiera faltar a la fidelidad. Tal es su pecado, tal es también el fracaso de la Alianza, y todos tienen conciencia de ello: «A todos nuestros pecados hemos añadido la maldad de pedir un rey que nos gobernase» (I Samuel, 12, 19). Más tarde, les parecerá que la Alianza con Dios sólo es un medio de defensa bastante irrisorio contra los poderosos vecinos que tienen carros y caballos. Entonces buscarán otra cosa, para mayor indignación de los profetas (Isaías, 7, 1-9; 30, 1-7; cf. 22, 8-12). El mismo culto se reduce a servir de garantía contra el infortunio (Isaías, 1, 11-18; Amós, 5, 21-27). En suma, Israel no consiente en ser un pueblo aparte, tal como Yahvé le prescribió cuando declaraba: «Sed santos porque yo soy santo» (Levítico, 11, 45). A despecho de todas las censuras, Israel duda en apoyarse en la única «Roca» (Salmo, 18, 32; Deuteronomio, 32, 3; Isaías, 44, 8; 45, 21). En una palabra, no llega a ser aquello para lo cual ha sido reunido: pueblo de la fe y pueblo de Yahvé.

Así pues, no es sino a duras penas el pueblo de la Alianza. ¿No se rompe ésta finalmente a fuerza de infidelidades? «Me marcharé, declara Yahvé, y volveré a mi habitación» (Oseas, 5, 15), «han violado mi alianza y me han traicionado» (Oseas, 6, 7). Los profetas van repitiendo que por voluntad del pueblo se ha roto la alianza, que se ha aniquilado (Isaías, 24, 5). Sin temor a exasperar a sus oyentes, empleando imágenes muy gráficas -la del adulterio por ejemplo-, los profetas, a partir del siglo VIII, declaran que la Alianza se hunde a causa del pecado de Israel (Oseas, 1, 9; 2, 5; Jeremías, 11, 10; 31, 32; Ezequiel, 15, 59; 44, 7).

Cuando aparece el Deutero-Isaías en el siglo VI, se tiene la impresión de que el tiempo de la Alianza mosaica es una época superada. Ningún recuerdo queda, se dirá, ningún sillar sobre el cual se pudiera reconstruir (Isaías, 54, 10; 55, 3; 61, 8 ss). En todo caso, parece que la Alianza mosaica ha sido vana.

Israel, pues, perecerá. Es el cumplimiento normal de la profecía amenazadora consignada en el Levítico (26, 14). El Deuteronomio la atestigua de nuevo (28, 15 y ss), resumiendo el pensamiento común a los anteriores profetas: Dios no reprimirá su justa cólera.

Ya que el pueblo prácticamente apostata, el contrato celebrado en el Sinaí queda anulado; ya que esta nación rehúsa su función original, puede y debe desaparecer.

Y es lo que ocurre. A despecho de algunos enderezamientos pasajeros, la decadencia de las Doce tribus se producirá paulatinamente. Después de la efímera gloria de Salomón, viene el cisma de las tribus del Norte (hacia 931), después de la destrucción del reino del Norte (721), la del reino de Judá (587). Es el exilio. Después del fin del exilio, servidumbre sucede a servidumbre, esperando la ruina de Jerusalén (70 después de J. C.) y la dispersión del pueblo judío por la superficie de la tierra.

La superación del fracaso. - Ahora bien es precisamente en el interior y en razón de este largo fracaso, donde se prosigue el bosquejo profético de la Iglesia. En efecto, por oposición y en contraste con el hundimiento del pueblo de la Alianza, se dibuja la figura del futuro. El recuerdo de algunos momentos más importantes bastará para darlo a comprender.

Entre los siglos octavo y cuarto, los profetas anunciaron constantemente la ruina del pueblo escogido, pero inmediatamente y sin transición pasaban a las seguridades de reanudación y de perpetuidad para este mismo pueblo. Así, mientras predicen la aniquilación de Israel, repiten con firmeza la profecía de Natán dirigida a David: «Tu casa y tu Reino subsistirán para siempre ante mí» (11 Samuel, 7, 16).

Sus oráculos explican por otra parte que el pueblo consagrado a la destrucción permanecerá. Figurando el futuro con las imágenes que el pasado o el presente les proporcionan, certifican que el pueblo de Dios dividido por el cisma de 931 será reconstituido, que los fragmentos dispersos, Israel y Judá, se reunirán (Oseas, 2, 2-3; Ezequiel, 37, 15-19), que volverá David, que una Jerusalén invencible brillará a perpetuidad (Isaías, 54, 11-15; 60, 19-20; Ezequiel, cap. 40-48), que el Reino de Dios se instaurará definitivamente en el pueblo, que por mediación de este último se inaugurará el Reino de Yahvé en el universo. (Isaías, 45, 23-35; cf., 52, 7; 60, 14-16; Jr, 33, 9).

Así en la victoria alcanzada por Dios sólo el pueblo de Dios triunfa y recibe contra la muerte una garantía perpetua. La profecía promete un Israel imperecedero, de igual modo que la Iglesia recibirá la misma seguridad de perpetuidad. ¿Pero es en realidad Israel lo que la profecía describe bajo rasgos tan brillantes? ¿Existe una continuidad entre el Israel del presente y el Israel por venir?

Sin duda alguna. Es la nación actual la que será el pueblo de Dios en el futuro, o por lo menos los descendientes de esta nación. Ciertamente que los oráculos proféticos anuncian que la nación actual deberá sufrir recortes, estrecharse a través de amputaciones considerables. Israel no conservará sino las dimensiones de un «Resto» 7. Pero permanecerá un resto, declara Amós, desde el siglo octavo (3, 12; 5, 15).

Espiritualmente, este pueblo será nuevo. En un futuro indeterminado, una «Nueva Alianza» se concluirá, ya que la primera se ha revelado ineficaz. La Nueva Alianza es una Alianza Eterna (Isaías, 53, 3; Jeremías, 31, 31-34; Ezequiel, 37, 26). Ella abre pues el último período de la historia humana, la época definitiva.

Entonces ocurrirá un acontecimiento considerable. La Alianza y la ley no serán ya inscritas en tablas de piedra como en el Sinaí, sino interiorizadas en el corazón del hombre por el Espíritu de Dios. Desde entonces el sentido espiritual de la justicia habitará las generaciones futuras:

«Pondré mi Ley en el fondo de su ser y la escribiré en su corazón.

Entonces seré su Dios y ellos serán mi pueblo» (Jr 31, 33). «Derramaré yo mi espíritu sobre toda clase de hombres... Y aun también sobre mis siervos y siervas derramaré mi espíritu... Cualquiera que invocara el nombre del Señor será salvo, porque en el monte Sión y en Jerusalén hallarán la salvación... (Joel, 2, 28-32).

El pueblo del futuro será pues un pueblo de justos, «ellos no dañarán ni matarán en todo mi monte santo; porque el conocimiento del Señor llenará la tierra, como las aguas llenan el mar» (Isaías, 11, 9). Entonces Israel será verdaderamente el pueblo de Dios, rebaño conducido por el Buen Pastor, el mismo Yahvé: «Cuidaré yo mismo de mi rebaño y lo revistaré» (Ezequiel, 34, 12-16). Entonces Israel accederá al rango de nación esposa del Señor: «Tu esposo es tu Creador» (Isaías, 54, 5).

La grandeza de este futuro se anuncia también en otras imágenes. Israel es descrito como ciudad y como templo a la vez, del cual Yahvé es el constructor (Isaías, 54, 11-12), donde la Paz ejerce el juicio, donde gobierna la Justicia, donde las puertas se llaman «Alabanza» y los muros «Salvación» (Isaías, 60, 17- 18).

Esta ciudad merece apelativos teologales: «Te llamarán Ciudad de Justicia» (Isaías, 1, 26), «Ciudad de Yahvé, Sión del Santo de Israel» (Isaías, 60,14), o también, según Ezequiel: «El nombre de la ciudad será en adelante "el Señor está en ella"» (48,35). Así el pueblo futuro se convierte en el pueblo de Dios en un sentido eminente, ya que será el pueblo de la presencia Divina. Tales caracteres trascienden evidente e infinitivamente el pueblo carnal, el Israel engolfado en sus pecados, sus cálculos, su incredulidad. En particular, tales prerrogativas transfiguran el Israel terrestre, limitado a los individuos de una sola raza. En efecto, si la justicia es constitutiva del Israel futuro, ¿cómo no iban a ser miembros suyos los justos de todos los países, como no iban a entrar en el pueblo de Dios? Estas perspectivas habían sido abiertas desde la revelación hecha a Abraham (Génesis, 12, 1 ss).

Fueron repetidas y desarrolladas en los profetas; todos están llamados a la salvación, hasta los que habitan «los extremos de la tierra» (Isaías, 49, 6). Más precisamente, la puerta de la Ciudad no se cerrará ante el extranjero fiel al Dios verdadero, no se cerrará tampoco ante el eunuco, y Dios añade: «Juntaré otros a los que ya están juntos», sus preces y sus sacrificios serán recibidos con agrado, ya que «mi casa se llamará casa de oración para todos los pueblos» (Isaías, 56, 3-7). Si bien la igualdad entre todos aún no es proclamada, - Jesucristo será el primero en hacerlo - es ya sin embargo la afirmación de la salvación ofrecida universalmente.

Estos rasgos, repitémoslo, no podrían aplicarse al Israel contemplado por los autores de los libros sagrados. Y sin embargo es precisamente su pueblo y su destino lo que describen. Pero las mezquindades, el formalismo legalista, los «cuellos envarados» han desaparecido. Se levanta otro mundo, espiritual e ilimitado preservado contra toda disgregación

y regresión, ¿No es esto una figura de la Iglesia de la tierra, universal e indefectible?

Este cuadro evoca al mismo tiempo la Iglesia triunfante, más allá del tiempo y de la tierra. Presenta en efecto un mundo en que ya no se comete el mal, donde el dolor es superado, así como la muerte. Estas previsiones no pueden realizarse en el futuro de la historia, sino sólo en la eternidad de Dios ¿quién lo discutiría?

Así la Jerusalén celeste parece oscilar entre cielo y tierra. ¿No es esto también una prefiguración de la Iglesia, que vive en la tierra y se perfecciona en Dios en la eternidad, donde posee «de jaspe los baluartes, de rubíes las almenas, de cristal las puertas y de piedras preciosas los recintos» (Isaías, 54, 11-12), donde Yahvé será la luz, «cuando los días de su llanto se hayan cumplido» (Isaías, 60, 20; cf., 54, 11-12)? Los dos horizontes, tiempo y eternidad, se superponen, se prolongan uno en otro. El pueblo histórico y terrestre anuncia otro pueblo, el pueblo de los santos admitidos a la visión de Dios. A pesar de la obscuridad inherente a la mezcla de las perspectivas, una cosa es clara: el futuro predecido no se realizará sino a través de una crisis. Ésta será dramática para Israel. Será el tiempo de las desdichas: trastornos nacionales, devastaciones en el país, destrucción de Jerusalén y del templo, esclavitud, destierro. Es la condición absoluta para que un «Resto» fiel y digno del designio de Dios se forme y retoñe.

Ahora bien, si se sigue al «Resto» a través de los oráculos de Isaías, se le ve identificarse con un personaje misterioso, «el Servidor de Yahvé» 8. Este último es a la vez la colectividad del «Resto» y un ser individual cuya misión es salvar a Israel y a todos los hombres. Más aún, el Reino de Yahvé se concentra en este personaje. Es el elegido de Dios (Isaías, 42, 1-6), el «Resto», la Alianza del pueblo (Isaías, 49, 8), el Justo (Isaías, 42, 1; 50, 4-5).

El Servidor de Yahvé se presenta pues como el verdadero Israel, fiel a la Alianza, instrumento de la salvación universal. Pero el «Resto» es singularmente reducido: no lo constituye más que un solo individuo.

Para el Servidor, igualmente, la crisis es formalmente predecida en términos concretos. Será «objeto de menosprecio y recusación de la humanidad, varón de dolores y visitado por el sufrimiento» (Isaías, 53, 3).

En esta extrema miseria y a causa de esta extrema miseria, se cumplirá la misión confiada antaño a la nación entera y mencionada de nuevo en el caso del Servidor. Él será el instrumento del Reino de Yahvé (Isaías, 49, 6-7). Ofreciendo su vida en expiación, «verá una larga descendencia... y se cumplirá por él la voluntad de Yahvé... Justificará a muchos con sus sufrimientos, cargando sobre sí los pecados de todos» (Isaías, 53, 10-11).

Así pues, a partir del «Resto» de Israel que resume el Servidor, a causa de él, el Reino de Dios va a extenderse y a triunfar: «Yo le concederé multitudes», declara el oráculo (Isaías, 53, 12). La existencia del Servidor es pues promesa de una fecundidad ilimitada, de una renovación a través de la muerte. Lo que se profetiza es el triunfo de la Cruz, y con éste la predicción de un universo de rescatados por la Cruz.

En el Servidor de Yahvé se ha reconocido a Cristo Israel, según el designio de Dios, conduce a él, desaparece en él como raza, instrumento de salvación, para surgir de él nuevamente, pueblo de la nueva alianza, reclutado en nombre de la justicia, con vistas a llevar la salvación universal a los extremos de la tierra.

Podemos ahora intentar un rápido vuelo por encima de la profecía entera.

Los profetas se dirigían al pueblo histórico, mas para convertirlo. Lo superaban pues sin cesar, mostrándole lo que debía ser. Sus palabras proyectaban más arriba del Israel concreto la imagen de un Israel mejor, y la proyectaban en el futuro que Dios iba a realizar. Así se descubría poco a poco el pueblo tal como Dios lo quería. En cuanto al pueblo histórico, de raza judía, nunca llegó a ser y a permanecer el pueblo de Dios que los profetas le invitaban a hacerse. Por lo demás, ¿qué pueblo hubiera llegado a serlo, sin ser primero renovado y como reconstruido de pies a cabeza?

En el plano de la historia, el pueblo judío va de fracaso en fracaso, y esta dolorosa aventura interpretada por los profetas, comprendida por los humildes, enseña la necesaria renuncia a las miras terrestres, el abandono indispensable de las ambiciones humanas, la obligación de una fe absoluta. Sólo un reducido número asimilará estas verdades: es el «Resto». Pero dejado a sí mismo el «Resto» no puede rehacer el pueblo, renovarlo, cambiarle el corazón. El «Resto» será también reducido. Se resume en el Cristo. Él es el instrumento eficaz de la salvación, el «Servidor de Yahvé». Sólo él puede ser, porque es el Verbo de Dios en persona. Entonces Israel podrá volver a salir de la vara de Jessé, de ese hijo de David, crecer y multiplicarse, llenar la tierra. Este será el Israel fiel, universal, el que Dios ha amado desde toda la eternidad, cuyas puertas abre a cualquiera que anhele la justicia. Es la santa «convocación» que nosotros llamamos Iglesia universal. Pero antes es preciso que se haya levantado la Cruz en el Gólgota.

III. Conclusión

El misterio de la Iglesia trabaja pues incluso antes de que su nombre sea pronunciado.

Está por encima del tiempo no sólo en la Intención Divina que ha decidido la Iglesia de toda la eternidad, sino también en la providencia sobrenatural que vela incesantemente por su lenta génesis. Es el misterio de la «Previsión Divina» El Misterio de la Iglesia se inscribe también en el tiempo desde los orígenes del mundo. Por ella en efecto se han producido las intervenciones del Dueño de la Historia. Aparezca pues la Ekklesia en la hora de Dios, sean por ella todos los seres reunidos bajo una sola Cabeza, el Cristo Jesús! Esperando que esta hora suene y para que suene, Dios suscita en el corazón de los mejores el deseo y la esperanza de su reino. A algunos sugiere también los esbozos del futuro con las imágenes ampliadas de] presente. El Misterio de la Iglesia es el misterio de la Presencia Divina en tiempo de Israel. En este tiempo, Dios escribe con la libertad humana una historia particular, compuesta con la alegría y el sufrimiento de los hombres, con su vida y con su muerte. Pero en esta historia, tan parecida a otras y no más espectacular, no hay solamente esperanzas y temores de hombres, hay el Designio de Dios que es Misericordia y Transfiguración.

ANDRÉ DE BORIS. LA IGLESIA Y SU MISTERIO, Editorial CASAL I VALL ANDORRA-1962.Págs. 8-29